

D. MANUEL CARPIO.

CASTIGO DE FARAÓN.

Sentado el monarca glorioso de Egipto
En trono de nácar y de oro luciente,
Augusta diadema le ciñe la frente,
Y adórnale el pecho radiante joyel.
Y lleva una zona bordada de estrellas,
Su túnica es blanca de seda sonante,
Y el manto soberbio de grana brillante,
En ondas le baja cubriéndole el pie.

El trono rodean soldados adustos,
De barba poblada, de rostro salvaje,
De yelmo terrible, con negro plumaje,
Coturnos vellosos de piel de león.
Su cota de acero bruñido relumbra;
La espada en la cinta, la pica en la mano,
Esperan la seña del duro tirano,
Y reina el silencio por todo el salón.

Moisés el profeta, varón venerable,
De serio semblante, de undoso cabello,
Terribles los ojos, indómito el cuello,
La túnica parda, de trueno la voz,
Preséntase, y pide que al pueblo judío

Se deje el camino seguro y abierto,
Y hacer sacrificios allá en el desierto
En rústicas aras al grande Criador.

«Seis plagas has visto que toda la gente
Sufrió por tu culpa, le dijo el anciano ;
Al Dios de mis padres resistes en vano ;
Él quiere librarnos y es fuerza partir.
Humíllate débil al fuerte Adonai :
Él hizo los montes, los campos y mares :
Y allá en esos cielos, él puso á millares
Las altas estrellas que miras lucir.»

El Rey entretanto, cambiando colores,
Se inunda su pecho de cólera amarga :
Ya coge la espada, ya coge la adarga,
Ya baja del solio, ya vuelve á subir.
Temblaban los guardias al ver el enojo
Que agita al monarca cual tigre en la reja ;
Revuelve los ojos, enarca la ceja,
Y en tono tremendo comienza á decir :

«¿Cómo es que un hebreo, cómo es que un esclavo
Armado tan sólo de mágica vara
Me pida insolente, y así, cara á cara,
Librar á sus tribus? Así no será.
Primero los mares, abriendo su seno,
Á mí y á mis tropas y carros cubrieran,
Que gentes tan viles de Egipto salieran ;
Serán aquí siervos, aquí morirán.»

Oyendo el profeta palabras tan duras,
«Mañana, le dijo, verás tempestades,
Habrá granizadas, habrá mortandades,
Verás maravillas que Egipto no vió.»
Y dando la vuelta salió del palacio ;
Y cuando cercano mostrábase el día,
Al cielo terrible la mano tendía,
Y negro nublado los aires cubrió.

De Oriente al Ocaso, del Sur al mar Grande,
Errantes las sombras cubrieron el cielo,
Relámpagos rojos cruzaban el suelo,
Los truenos hacian la tierra temblar.
El Nilo bramaba, bramaban los mares,
Bramaban sus costas, silbaban los vientos :
De Tebas y Tanis los hondos cimientos
Del rayo temblaban al duro estallar.

Rasgadas las nubes, la lluvia ruidosa
Inunda los campos, rebosan las fuentes,
Y bajan las aguas en turbios torrentes
Y arrastran las olas ganado y pastor.
Mezclados andaban granizos y rayos,
La hierba del campo y el árbol hirieron ;
El toro robusto y el hombre murieron,
Y el reino cubrióse de luto y horror.

El bárbaro río sus márgenes cubre,
Arranca los cedros de Menfis altiva,
Y en gran remolino sus palmas derriba
Y arroja los troncos al férvido mar.
En tanto el ganado del pueblo judío
En campos floridos pastaba contento,
Y allí no sintieron granizo ni viento,
Y sólo de lejos oyeron tronar.

Pasada la negra ruidosa borrasca,
Que salgan las tribus el Rey no consiente ;
Mas alza el caudillo la vara potente,
Y hambrientas langostas obliga á venir.
Y luego tinieblas espesas derrama,
Y á Egipto sus luces el cielo le niega ;
Tan sólo el hebreo contento se entrega
A juegos campestres y alegre festín.

Las sombras cubrían la tierra otra noche,
El pueblo en su sueño posaba tranquilo,
Y manso corría magnífico el Nilo ;

Callaba la tierra, callaba la mar.
Pacíficas duermen las cándidas garzas
Allá entre las cañas, orillas del río,
Las bestias feroces en campo sombrío
Y en húmedas cuevas dormidas están.

Los áulicos altos, los nobles magnates
Descansan en lechos de púrpura rica:
Mas ¡ay! sobre sedas el Rey se abanica,
É inquieto en su cama no puede dormir.
Repasa en la mente las plagas horribles,
Que al reino trajeron inmensa amargura,
Le eriza el cabello su suerte futura;
Sudando y convulso se siente morir.

Un ángel en tanto voló como un rayo,
De Siene hasta el Delta temblando de enojo;
Con la ala derecha tocaba el Mar Rojo,
La izquierda tocaba el Libio arenal.
Volaba cubierto de espesa tiniebla,
Llevaba en la mano su acero sangriento,
Sus negros cabellos vagaban al viento,
Sus ojos brillaban con luz funeral.

Cual suele en los campos un gran torbellino
Quebrar las cañuelas de verdes espigas,
Dejando burladas así las fatigas
Y dulce esperanza de algún labrador;
Así pasó el ángel airado matando
Á cuantos varones nacieron primero:
Murió desde el hijo del pobre leñero,
Hasta el del monarca de Egipto señor.

Un grito de muerte se oyó á media noche
En todo el Imperio; llevaba la gente
Pavor en el alma, sudor en la frente;
De todos los ojos el llanto corrió.
El Rey se levanta del lecho de grana,
Los vastos salones recorre aturdido,

Sus lágrimas ruedan, y da un alarido
Que en todo el alcázar, en todo se oyó.

Lloraba la Reina, sus manos torcía,
Con ayes dolientes á su hijo llamando,
Y suelto el cabello, y el velo arrastrando,
Toda ella temblaba de espanto y dolor.
Gritaban las madres por calles y plazas,
Alzaban los ojos llorosos al cielo,
O bien de rodillas besaban el suelo,
Haciendo plegarias á Osiris y Amón.

Tremendo castigo de un pueblo orgulloso,
Idólatra ciego, que á un pueblo su hermano,
Oprime sin tregua con bárbara mano,
Y apenas le deja del sueño gozar.
Empero esa noche soñando en su viaje,
Las tribus dormían en rústicos lechos;
Terror no agitaba los cándidos pechos
De aquellos mortales, amor de Jehováh.

El ángel en tanto se para en la cumbre
De la alta pirámide, y da una mirada
Á todo el Egipto, y envaina la espada,
Y quédase un rato pensando entre sí.
De nuevo despliega sus rápidas alas,
Y parte, y resuena su espada en el vuelo;
Divide las nubes y encúmbrese al cielo,
Y dice, postrado: «Señor, ya cumplí.»

Así en ese tiempo y en esas regiones
Quebranta Adonai la fuerte cadena
Del pueblo escogido, y humilla y enfrena
Al bárbaro egipcio, y al gran Faraón.
Libró á los judíos con brazo robusto,
Y á tantos prodigios tembló el Filisteo,
El fuerte Moabita, y el fuerte Idumeo,
Y el rico Fenicio temblaba en Sidón.

Aun hay obeliscos y templos y tumbas
De Tebas y Menfis allá entre las ruinas,
Que vieron al ángel en densas neblinas
Cual águila negra volando cruzar;
Allí Bonaparte á orillas del Nilo,
Al dar á los turcos batalla tremenda,
Es fama que dijo, «aquí va la senda
Que ha visto de un ángel la sombra pasar.»

LA CENA DE BALTASAR.

Era de noche, y la redonda luna,
Desde la inmensa bóveda del cielo,
Alumbraba los sauces del Eufrates
Y á la gran Babilonia en sus festines,
Fortalezas, alcázares, jardines,
Y los templos magníficos de Belo.

El intrépido ejército de Ciro
Está sobre las armas impaciente
Por tomar la ciudad: la infantería
Se conmueve y agita sordamente,
Cual negra tempestad que allá á lo lejos
Brama y rebrama en la montaña umbría.
Ya se aprestan de Persia los jinetes,
Sus fuertes armaduras centellean,
Y encima de los cóncavos almetes
Altos plumajes con el aire ondean.
Ya se escucha el crujir de los broqueles,
De la trompeta el bélico sonido,
Y el bufar de los férvidos corceles,
Y la grito de jóvenes bizarros,
Y del sonante látigo el chasquido,
Y el rodar de las ruedas de los carros.
Ya los caballos con su blanca espuma
Humedecen sus pechos espaciosos;
Al ruido de las armas se recrean,

Y el duro suelo escarban y golpean,
Y están inquietos por salvar los fosos.
Sus cascos hollarán en Babilonia
Las estatuas de dioses incensados,
Hollarán á los nobles y soldados,
Y yelmos y viseras y corazas,
Y en gran tropel levantarán el polvo
De las soberbias y desiertas plazas.
Del palacio en los patios á cuchillo
Con su Rey morirán tantos vasallos,
Que en esta noche la caliente sangre
A los frenos dará de los caballos.

Mientras que Ciro con ardor se apresta
Á dar por fin el formidable asalto,
La ciudad, cual ramera deshonesto,
Entrégase al placer sin sobresalto,
Y á regocijos que el honor detesta
Se abriga el padre y á la par la esposa,
El libertino y el anciano triste,
El agorero y la doncella hermosa.
Entre bailes y cantos de alegría
Resuena la algazara de las gentes
Que por las calles van como dementes
Entre la confusión y gritería.
También de Baltasar el gran palacio
Se agita alegre con festín ruidoso:
El Rey, y sus mujeres y magnates,
Todos ocupan un salón fastoso
Que tiene vista al caudaloso Eufrates.
El soberbio salón es un portento:
Las paredes de estuco están doradas
Y forman el grandioso pavimento
Variadas losas de lucientes jaspes
Cubiertos con asiáticas alfombras
De los remotos climas del Hydaspes.
Cien columnas blanquísimas de mármol
Sostienen la magnífica techumbre;
Lámparas de oro de labores bellas

Aun hay obeliscos y templos y tumbas
De Tebas y Menfis allá entre las ruinas,
Que vieron al ángel en densas neblinas
Cual águila negra volando cruzar;
Allí Bonaparte á orillas del Nilo,
Al dar á los turcos batalla tremenda,
Es fama que dijo, «aquí va la senda
Que ha visto de un ángel la sombra pasar.»

LA CENA DE BALTASAR.

Era de noche, y la redonda luna,
Desde la inmensa bóveda del cielo,
Alumbraba los sauces del Eufrates
Y á la gran Babilonia en sus festines,
Fortalezas, alcázares, jardines,
Y los templos magníficos de Belo.

El intrépido ejército de Ciro
Está sobre las armas impaciente
Por tomar la ciudad: la infantería
Se conmueve y agita sordamente,
Cual negra tempestad que allá á lo lejos
Brama y rebrama en la montaña umbría.
Ya se aprestan de Persia los jinetes,
Sus fuertes armaduras centellean,
Y encima de los cóncavos almetes
Altos plumajes con el aire ondean.
Ya se escucha el crujir de los broqueles,
De la trompeta el bélico sonido,
Y el bufar de los férvidos corceles,
Y la grito de jóvenes bizarros,
Y del sonante látigo el chasquido,
Y el rodar de las ruedas de los carros.
Ya los caballos con su blanca espuma
Humedecen sus pechos espaciosos;
Al ruido de las armas se recrean,

Y el duro suelo escarban y golpean,
Y están inquietos por salvar los fosos.
Sus cascos hollarán en Babilonia
Las estatuas de dioses incensados,
Hollarán á los nobles y soldados,
Y yelmos y viseras y corazas,
Y en gran tropel levantarán el polvo
De las soberbias y desiertas plazas.
Del palacio en los patios á cuchillo
Con su Rey morirán tantos vasallos,
Que en esta noche la caliente sangre
A los frenos dará de los caballos.

Mientras que Ciro con ardor se apresta
Á dar por fin el formidable asalto,
La ciudad, cual ramera deshonesto,
Entrégase al placer sin sobresalto,
Y á regocijos que el honor detesta
Se abriga el padre y á la par la esposa,
El libertino y el anciano triste,
El agorero y la doncella hermosa.
Entre bailes y cantos de alegría
Resuena la algazara de las gentes
Que por las calles van como dementes
Entre la confusión y gritería.
También de Baltasar el gran palacio
Se agita alegre con festín ruidoso:
El Rey, y sus mujeres y magnates,
Todos ocupan un salón fastoso
Que tiene vista al caudaloso Eufrates.
El soberbio salón es un portento:
Las paredes de estuco están doradas
Y forman el grandioso pavimento
Variadas losas de lucientes jaspes
Cubiertos con asiáticas alfombras
De los remotos climas del Hydaspes.
Cien columnas blanquísimas de mármol
Sostienen la magnífica techumbre;
Lámparas de oro de labores bellas

Todo lo animan con su viva lumbre:
Ocupan las estatuas de los dioses
Hermosos y brillantes pedestales,
Y arden enfrente en braseros ricos
Exquisitos aromas orientales.
Entre las nubes de flotante incienso
Que perfuma la sala reluciente,
Se ostenta el Rey entre el cortejo inmenso
Con regia pompa y con augusta calma,
Como entre humildes y modestas flores
Descuella al aire la soberbia palma.
Cenaban recostados en tapices
Tejidos por doncellas babilonias,
Tapices de las grandes ceremonias
En tiempos más tranquilos y felices.

La turba de los grandes insensata
Hace alarde de pérsicos brocados,
Túnicas blancas de sonante seda
Y magníficos mantos de escarlata:
En los cándidos pies llevan calzados
Con blancas perlas y luciente plata,
Y ciñen sus cabellos perfumados
Infulas que les bajan por los lados.
A la derecha están las concubinas
Y mujeres del Rey, blancas y bellas,
Con túnicas de seda, recamadas
De flores y de espléndidas estrellas.
Mantos de un bello azul como los cielos
Más brillantez les dan y más decoro:
Airosas llevan transparentes velos,
Ricos joyeles y sandalias de oro:
Para más cautivar á los donceles
Sin atender al femenino recato,
En las cáligas llevan por ornato
Diamantes y ruidosos cascabeles.
Adornaron, en fin, estas bellezas,
Sus blancas manos y sus blancos cuellos
Con esmeraldas y zafiros bellos,

Y con mitras asirias las cabezas.
El ropaje del Rey vale un tesoro;
Lleva en los hombros un soberbio manto
De púrpura sidonia, y de amaranto
Bordadas flores y granadas de oro.
Ajusta su cintura roja zona
Esmaltada de hermosa pedrería,
Y en la alba frente espléndida corona
Que por la última vez allí lucía.
Rica brillaba la purpúrea tinta
En sus coturnos altos y elegantes
Bordados con asiáticos diamantes,
Y ancho puñal obsérvase en la cinta.
¡Ay! que en medio de lágrimas y duelos,
Esta noche los bárbaros soldados
Hollarán con sus pies ensangrentados
Corona y mantos, ínfulas y velos!
Reina la calma en el salón hermoso,
Sirvense en el festín ricos manjares
Hechos venir de tierras muy lejanas,
Y de las islas y remotos mares.
Mas por instantes crece la alegría,
El vino hierve en copas anchurosas,
Beben los cortesanos á porfía,
Bebe el Monarca y beben sus esposas,
Y empieza la confusa vocería.
Los grandes vasos de licor ardiente
De concubina en concubina pasan:
Á veces ruedan sin pudor los ojos,
Ojos que en fuego criminal se abrasan;
Juegan las risas en los labios rojos,
Se tornan las mejillas más hermosas,
Hierve la sangre en las ardientes venas.
¡Ay de esas gentes frívolas y obscenas!

Entonces los escénicos cantores,
Al compás de la cítara sonora,
Entonaron con voz encantadora
Coros dignos de aquellos impostores.

CORO.

¿Quién volvió de la tumba temida
A decir lo que está más allá?
Disfrutemos por hoy de la vida;
¿Quién el sol de mañana verá?

CORO DE HOMBRES.

Gloria ¡oh Rey! á los dioses sublimes
Que te dieran el trono caldeo:
Tus cadenas arrastra el hebreo,
El asirio y el árabe audaz.

Cuando escuchan tu nombre glorioso,
Se estremecen las grandes naciones,
Y al moverse tus fuertes legiones,
Se conturba del mundo la faz.

CORO DE MUJERES.

Te prodiga el Oriente sus perlas,
El incienso y la seda y diamantes;
Embajadas de pueblos distantes
Te presentan el oro y marfil.

Las doncellas hermosas del Asia
Te perfuman con suaves olores,
Y á tus plantas esparcen las flores
Que en tu obsequio derrama el Abril.

CORO DE HOMBRES.

Sobre miles de muertos y heridos
Pase ¡oh Rey tu volante carroza,
Y con ella quebranta y destroza
Al que osare irritar tu furor.

Y seguido de bravos guerreros
Domarás con tus grandes falanges
Desde el mar de Occidente hasta el Ganges,
Desde el Persa el Escita feroz.

CORO DE MUJERES.

¡Qué veloces transcurren los años!
Pasan ¡ay! como nube en el viento,
Como el pájaro pasa violento,
Como pasan las olas del mar.

Goza, pues, de abundantes delicias;
Grato vino tus penas ahuyente:
Ciñe presto de rosas tu frente:
No se vayan primero á secar.

CORO.

¿Quién volvió de la tumba temida
A decir lo que está más allá?
Disfrutemos por hoy de la vida;
¿Quién el sol de mañana verá?

«Que traigan, dijo el Rey, los bellos vasos
De plata y oro, de valor inmenso,
Que en el templo sirvieron de Solima;
Aquí también recibirán incienso,
Y en nuestras manos superior estima.»
El sacrilego Rey los vasos toma
Llenos del vino hirviente de Judea,
Haciéndolos girar entre las gentes,
Y en los semblantes la impiedad se asoma
En medio de risadas insolentes.
Tocan los vasos manos desdeñosas,
Manos impuras, para el mal resueltas,
Bocas de concubinas desenvueltas,
Bocas falaces y á la par hermosas.
Alzóse Baltasar, y sus magnates